

EDUARDO RIVERA

# Estado de excepción



### III. La palabra

Eleva tus brazos. Esta sumisión no te corresponde. Te observo, atado a tu forma de mujer como a una cometa en la mano de un niño, y en cada movimiento me sacudes con un viento apenas perceptible. Del hilo que sostiene al juguete alado nace el deseo: cumbre de todo misterio.

No intento descubrirte por completo pues en tal faena radica el olvido. Mi intención es poseerte, sin más. Lejos de apellidos inútiles, exentos de ocupaciones cuya necia sonoridad interrumpa o abrevie el encuentro. Intento escuchar ese grito atávico cuya edad habita entre tus piernas. Intento invitarte a conocer mi voz.

Eleva tus brazos al ritmo de tu delgada blusa. Mis manos existen en tanto se acercan al ámbito de tu espacio. Ser etéreo que adquiere sustancia al reducir los perímetros a una sola medida. Tus senos asoman su curiosidad innata para elevar el cálculo a una ecuación que no parece tener respuesta.

Tu sudor ilumina la senda que he de seguir. Cuerpo abajo desde la punta de tus dedos hasta ese lugar que podría ser mi casa. El arco que blande mi ansiosa espera. Vuelo mis dedos sobre las líneas de tus brazos y la duración de ese instante toma el matiz de una reflexión. Ofrezco entonces mis labios a la amenaza expuesta; roce mínimo que adelanta tu estremecimiento. Las venas en tu cuello danzan en honor del fuego que las posee.

El camino sigue en los hombros: la primera encrucijada. Ofreces tu espalda para señalar la entrada a ese laberinto que significa tu ansiedad. Virgen para mis caricias, tu piel enaltece a quien la explora. Tu cadera se acerca a mí como si el resto de ti no lo deseara. Amenaza y se aleja; besa y parece arrepentirse: juega a encontrarme.

Vuelvo de ese hechizo para jugar con la pretina de tu falda. Interpongo un dedo entre la tela y ese sitio donde tu espalda se abisma; recorro por entero el círculo de esa prenda hasta encerrarte en mi abrazo. Entonces, pareces recordar que nada conoces de mí sino ese instante, cuando propuse el encuentro. Nada, sino la palabra. Das vuelta, miras el rostro de esas caricias. Sé entonces que tus fantasías no me pertenecen.

Elevas mis brazos. Mi torso descubre su latido. Liberas tus senos y los acercas. Respondes al abrazo. Esta bien puede ser una sumisión que no te corresponde; sin embargo, tu rito apenas comienza.